

VOLUMEN XXXII
Número 311
Febrero de 1937

REVISTA

del

Colegio Mayor

de

Nuestra Señora del Rosario



Rector: D. D. J. V. Castro Silva

En este número:

LA TRADICION DE LOS DESCUBRIDORES,
por José Vicente Castro Silva.

LAMPIÑOS Y BARBUDOS, por Tomás Rueda
Vargas.

DATOS PARA LA ANTROPOLOGIA COLOM-
BIANA, por Julio Manrique.

VIDA Y PASION DE ISAACS, por Mario Carvajal.

LAS CORRIENTES ESTETICAS EN LA MUSI-
CA MODERNA, por Antonio María Valencia.

MATEMATICAS Y FISICA, por Henri Yerly.

EL PRINCIPIO NOMINALISTA DEL CODIGO
CIVIL, por Luis Enrique Cuervo.

MOVIMIENTO PERPETUO, por Sinclair Lewis.

LAS ESCUELAS Y LAS REACCIONES LITERA-
RIAS, por Alberto Carvajal.

“ESPEJO DEL SUEÑO”, por Eduardo Carranza.

LEGISLACION SOCIAL, por José Lloreda Camacho.

(Véase el sumario a la vuelta)



Nova et vetera

Administrador

JOSE
LLOREDA
CAMACHO

SUMARIO:

LITERATURA

LA TRADICION DE LOS DESCUBRIDORES, por José Vicente Castro Silva	33
LAMPIÑOS Y BARBUDOS, por Tomás Rueda Vargas	48
VIDA Y PASION DE ISAACS, por Mario Carvajal	54
LAS ESCUELAS Y LAS REACCIONES LITERARIAS, por Alberto Carvajal	60
"ESPEJO DEL SUEÑO", por Eduardo Carranza ...	116
MOVIMIENTO PERPETUO, por Sinclair Lewis..	3

CIENCIAS

DATOS PARA LA ANTROPOLOGIA COLOMBIANA, por Julio Manrique	66
MATEMATICAS Y FISICA, por Henri Yerly	79

DERECHO

EL PRINCIPIO NOMINALISTA DEL CODIGO CIVIL, por Luis Enrique Cuervo	82
--	----

ECONOMIA

LEGISLACION SOCIAL, por José Lloreda Camacho	91
--	----

ARTE

LAS CORRIENTES ESTETICAS EN LA MUSICA MODERNA, por Antonio María Valencia..	99
---	----

COMENTARIOS

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS, por la Redacción ...	121
SECCION BIBLIOGRAFICA.—Notas.—Obras recibidas,	125
ILUSTRACIONES.—Enrique Olaya Herrera	119



Para el agotamiento físico y nervioso, muchas personas han obtenido magníficos resultados tomando el Tónico Bayer, poderoso reconstituyente que enriquece la sangre, tonifica el sistema nervioso y fortifica todo el organismo.



TÓNICO BAYER
DA FUERZA • VIGOR • ENERGÍA

Un seguro de bienestar es visitar al médico de vez en cuando, buscando su consejo y su auxilio para conservar la buena salud.

Lotería del Valle



Unica del país que repite el sorteo

Siempre decimos quien gana el mayor

Movimiento perpetuo

Por Sinclair Lewis

(Traducción especial para la «Revista del Rosario»).

T. Eliot Hopkins joven de cuarenta y dos años hacía lindamente toda clase de cosas: fue siempre buen alumno en William College, trataba sabiamente de negocios en su oficina de Nueva York, ganó con facilidad su primer millón, jugaba brillantemente al polo en Del-Monte. Un día descubrió que era elegante ir a la ópera y también que era todavía más elegante poner esto en ridículo. En la época en que vivió en Park Avenue, Eliot concebía perfectamente la teoría de la relatividad en el sentido de que un hombre se distingue menos por sus gustos que por su desprecio hacia ciertas cosas. Como por otra parte Leonor, su mujer, era oriunda de Chicago, era natural que tuviera una prima casada con un conde francés y otra prometida a un marqués italiano, siendo entendido que ya casada éste no sería marqués, lo que no impedía que fuera un verdadero italiano.

El primer año pasado en su nueva casa, fue magnífico. Imaginad un bello inmueble de treinta pisos situado en el número 9999 de Park-Av. que miraba al oeste, al norte y al mediodía, con una terraza amueblada con sillas de mimbre escarlata, de bancos de mármol pompeyano y un delicioso jardín de rosas, cultivado por un verdadero jardinero—tres dollars la hora—, de una floristería vecina. Sobre la terraza se abría un lujoso salón de cincuenta pies de largo, cuyos muros de mármol y ventanas de veinticinco pies de altura se levantaban majestuosamente hacia un techo no menos majestuoso hecho de espléndidas vigas de cedro inglés. Pero quienes habían conocido a Leonor en la época en que habitaba su modesta casita de seis piezas en Wilmette, podían afirmar, sin peligro de equivocarse, que la terraza que dominaba la ciudad y todo el cuadro impresionante de su nueva morada, valían para ella menos que las comodidades del departamento. Por eso estaba descontenta al comprobar que la cocina, por ejemplo, tan exigua como una pequeña oficina, parecía, con sus niquelados, un compartimento de locomotora eléctrica. Durante un año

Leonor se agitó en su casa moviéndose hacia las ventanas para admirar más allá de East River el panorama de las colinas lejanas y de las fábricas de gas de Long-Island, devolviéndose automática y melancólicamente al minúsculo órgano, joya del salón, o instalándose, en fin, en su escritorio "arte moderno", plata, aluminio y cristal negro, para redactar invitaciones a comer; pues ellos recibían mucho y con ostentación. Esos salones gigantescos, necesitaban gran cantidad de convidados y generalmente una cuarentena de personas se sentaban alrededor de la inmensa mesa del comedor.

Fatigada, Leonor experimentaba cierta desilusión antes de que los acontecimientos estallaran. Y se trataba de acontecimientos importantes. Eliot vendió su *Portfeuille* antes de que la depresión hubiera trastornado la bolsa de Nueva York. A su primer millón hábilmente ganado, pronto se juntaron otros dos. En consecuencia, se aficionó inmediatamente a la lectura, la pintura, la crítica de arte y las maneras refinadas. Adquirió también nuevos *jodhpurs*. No sé a ciencia cierta qué significa eso. Hace seis años Eliot mismo no lo sabía tampoco. Esta innovación tenía tal vez algo que ver con el polo o la equitación o el basketball, a menos que sea un accesorio de automóvil; lo ignoro. Sólo sé que los *jodhpurs* de Eliot, produjeron la mejor impresión en Meadobrook.

Vender a tiempo, cuando todo el mundo vacila, no sabiendo a qué santo encomendarse, es un acto que impresiona hasta el más alto grado la imaginación de un americano de tipo medio. Establecida y consagrada su suerte, Leonor de acuerdo con Eliot, comprobó que era *shockíng*, continuar viviendo como esclavos en un medio cualquiera de comerciantes americanos, mientras las personas de su clase en Inglaterra, llevaban una vida llena de comodidades, los sirvientes, sobre todo, no dejaban nada que desear.

De pronto el departamento de Park Av. le pareció a Leonor demasiado fastuoso, la casa difícil de dirigir; con la estupidez de los criados, gastaba horas y a veces días enteros en organizar una pequeña comida. Al mismo tiempo que Eliot permanecía frecuentemente en su oficina, hasta las diez de la noche, faltando por la tarde al golf, pues sus empleados, eran tan estúpidos que él no podía confiarles nada...

En la época en que ellos alquilaron su "penthouse", una amiga de Leonor, había adquirido una quinta en Turtle Bay y la había arreglado con muebles ingleses antiguos de caoba, chimeneas blancas, horror! Pero ahora Leonor consideraba es-

Caja Colombiana de Ahorros

Edificio PEDRO A. LOPEZ, primer piso

**Sucursales y Agencias en las
principales ciudades del país**

Reconoce intereses así:

3 % anual, capitalizados sobre saldos mínimos trimestrales, y

4 % anual, capitalizados trimestralmente sobre depósitos a dos años.

Despacho Bogotá:

8 y 30 a 12 m. y 2 a 4 y 30 p. m.


Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

te **horror** como un refugio. Cuando las dos amigas tomaban el té en un rincón encantador y sencillo, el salón de la quinta no le parecía tan pequeño, y la pobre mujer encontraba ahí la calma y la alegría que le faltaban en la inmensidad de su casa.

Con aire fastidiado, Leonor miraba a través del vidrio de su pujante limusina pasar las gentes como por un kaleidoscopio. Esta tarde de junio, era tan dulce que ella quería más que nunca dar alguna variedad a ese paseo casi obligatorio, cuyo itinerario había sido hecho un día para siempre. Cansada de esas insípidas avenidas, sería feliz de atravesar una auténtica calle inglesa con ancianas haciendo reverencias, ruiseñores y toda clase de pájaros volando de las encinas vetustas y encantadoras.

Deseaba también charlar un momento en la verja del jardín con el general Wimbledon y algún vecino de otros tiempos y no con uno de esos horribles neoyorquinos que no hablaban sino de sus sagrados negocios. . . . Cuando volvió en fin a la casa, sudorosa, los ojos enrojecidos por la fatiga, Eliot, le dijo suspirando:

—Estoy encantado de no tener que salir esta tarde. Vamos a comer en la terraza, querida.

—Oh!, no, salgamos ahora. Yo no sé qué tengo, pero no puedo permanecer hoy en esta especie de gran Central que es nuestro departamento. Veo candelillas, te aseguro. Vamos al pequeño restaurante francés de la Av. 49, donde quizá encontremos la atmósfera europea con que soñamos. Ah! Europa!

—Yo también desearía partir para Europa, dijo Eliot pensativo. Si los negocios no recomienzan en la Bolsa. . . es posible que partamos pronto. . . Veremos esto más tarde, Leonor.

A imitación de todos los buenos restaurantes franceses de Nueva York, **Chez Edouard** tenía un director suizo, criados italianos, un jefe bávaro, un subjefe griego, escenas venecianas pintadas en los muros de un salón bastante pasado de moda, y vinos alemanes. Leonor se entusiasmó al pensar que iba a comer sopa de cebolla, croquetas de pollo **Pojarsky**, pasteles **Suzette** y a beber **Oppenheimer Kreitz Spattese**, especialidad alemana.

A pesar de todo, en América, y sobre todo en Nueva York, la vida no es siempre desagradable. —Solamente hay que saber adónde ir—dijo Leonor con indulgencia—, y se puso a meditar la escogencia definitiva del **menu**.

Desgraciadamente el criado no se quiso esperar; miró la pareja con el rabillo del ojo y se fue llamado con urgencia por un grupo bochinchero de seis hombres de negocios, gentes del mediodía a juzgar por el número de cocktails que ingerían. . .



Laboratorios J. G. B.

Cali - Colombia

Tienen el más moderno
y eficiente equipo para
la fabricación de toda
clase de inyectables. =

—Es doloroso que en América no haya buenos criados extranjeros gritó Leonor furiosa. Los nuestros son cada día más impertinentes. Hay algo aterrador en todo lo que pasa en este país. Ah!, yo quería que lo dejáramos lo más pronto posible y partiéramos para Europa donde viviríamos una vida civilizada.

—Sí, asintió Eliot. Los encantadores restaurantes franceses! Niza!

Cuando por fin fueron atendidos y cuando Leonor tuvo la impresión de que permaneciendo en América, se iba a sumergir en una atmósfera europea, experimentó una de las más grandes emociones de su vida. Sin preámbulo ninguno, uno de los seis hombres que comían en la mesa vecina, se inclinó hacia la joven y le dijo: Señora, nos encantaría que usted y su compañero quisieran reunirse con nosotros para beber alguna cosa juntos. Excuse la libertad con que le hablo, pero usted nos daría un verdadero placer si.....

Durante esta afrenta inconcebible, Leonor no quitó sus ojos llenos de terror de Eliot. Tan sublevado como su mujer, éste declinó el ofrecimiento en tono seco aunque cortés:

—Es muy amable de su parte... Tenemos suficiente bebida en nuestra mesa. Le agradecemos mucho su invitación. Además, ya nos vamos. Gracias, otra vez....

—Te imaginas que cosa tan aterradora pueda sucedernos en cualquier otro país? murmuró Leonor. Es formidable! Dejemos este sucio restaurante.

Su desconcierto, fue mayor, cuando pasándole su abrigo de terciopelo blanco por sobre el mostrador, la mujer del vestuario le dijo con voz melosa:

—Es el suyo, querida!

—No hay respeto por los clientes, parecen bolcheviques!, gritó Leonor fuera de sí.

Desandando camino, se detuvieron delante del nuevo "Titanic Talky Theater", cine espléndido, aire fresco, cuatro mil puestos, ascensores... Eliot dijo conteniendo un bostezo:

—Nunca he visitado un super-palacio del cine. Veamos como son.

—Yo sé cómo son; atroces! Pero entremos.

El vestíbulo era un duplicado considerablemente reducido de la catedral de Sevilla. Un ujier reluciente, con vestido escarlata, galones dorados y gorro adornado con una pluma carmesí, conducía a los espectadores por una puerta de bronce a otro vestíbulo no menos suntuoso: Muros cubiertos de sederías. En el suelo el tapete oriental más grande del mundo. Había ade-



Nuestra organización está a su servicio!..

Contamos con los servicios de ingenieros especializados en el ramo de instalaciones eléctricas que le estudiarán sin compromiso para usted el problema de la electricidad en su casa.

Nuestra mejor recomendación
es el número crecido
de clientes satisfechos.

Consulte con su arquitecto Almacén Westinghouse

Alberto Salazar Mejía y Co. S. A.

Carrera 7a. No. 14-27.

Teléfonos 14-90

Calle 12, esquina con carrera 10, Sucursal

Universidad del
Rosario | Archivo
Histórico

más una colección de estatuas de plata, papagayos en jaulas, colocadas sobre sócalos de laca china, una fuente cuyo juego de agua era alumbrado por luces amarillas, verdes y rojas, y en fin, enormes sillas púrpuras, separadas por ceniceros en forma de vasos florentinos.

—Oh!, esto es verdaderamente increíble, exclamó Leonor entre suspiros. Una fila de chicos en uniforme de cadetes de West Point, permanecía en la antesala, la cabeza y el cuerpo rectos. Uno de ellos se acercó a los recién llegados y doblado en dos tendió una mano enguantada para recibir las boletas.

—Estoy estupefacta de tanto lujo. Es como un sueño de opio, murmuró Leonor fatigada. Es necesario que entremos?

—No, vamos más bien a casa. Será delicioso tomar un vaso de Tom Collins en la terraza, dijo Eliot. Y agregó volviéndose al acomodador recamado:

—Gracias, ya hemos visto bastante.

La dignidad de la salida, fue atenuada por los cuchicheos irónicos del ejército de "grooms": "Hé aquí unos tipos elegantes. El príncipe de Gales y Tex Greinon en persona!"

Al llegar a la puerta oyeron decir a una mujercita sentada en una silla española: "A mí siempre me han gustado las obras maestras representadas por Douglas Fairbanks y los palacios como éste, por ejemplo. Para mí el arte o nada".

Leonor vivía desde hacía tanto tiempo en Nueva York, que no lo veía sino muy rara vez. Esa noche, contemplo la ciudad gigantesca con un interés mezclado de odio. De pronto, Broadway apareció como una feria. Kioskos con jugo de naranja y de piña. Vitriñas, gran cantidad de vitriñas con nueces y avellanas formando círculos y estrellas. Tiendas de aparatos de radio. Otras llenas de maniqués de horribles enaguas carmelitas, blusas verdes con corbatas y bolsillos bordados. El pueblo de Broadway le parecía igualmente infecto. Vendedores de periódicos con voces enronquecidas, grupos de húngaros, de judíos polacos y de sicilianos en todas las esquinas. Individuos bizcos, todos con fieltro gris, caído sobre los ojos tenían conciliábulos sospechosos. Muchachas con medias de seda reían y cloaban como pollas.

—Esto es aterrador!, dijo Leonor para concluir.

Volvieron la mirada hacia el oeste y la fijaron sobre un rascacielos que—como un ejército fabuloso—amenazaba al firmamento con sus cima plateada: Era su domicilio.

—Nuestra casa es tan grande como pretenciosa!, gimió

Al buen fumador....

dos palabras bastan:

PIELROJA
PIERROT

Cia Colombiana de Tabaco

Universidad del
Rosario



la joven. Nada agradable, nada civilizado tampoco! Oh!, cómo me gustaría algo nuevo!

—Hum, Hum, dijo Eliot.

Ya en su casa, desde lo alto de la terraza admiraron una vez más el panorama de East River. Después se volvieron hacia las luces de Broadway, fuegos escarlatas, avisos de oro, azul y blanco, parpadeando con velocidad histérica. El rayo violento de un proyector atravesó la noche, elevándose en el cielo sin estrellas pero lleno de ruidos. Antes Leonor, quería distinguir en ellos alguna sinfonía de sonos y colores entrelazados, sinfonía imaginaria que detestaba ahora de todo corazón. Los remolcadores brillaban y aullaban sobre el río. Los trenes y los elevados, hacían tintinear monstruosamente su hierro viejo, mientras los buses en la calle, producían un ronquido monótono capaz de reventar los tímpanos. Un millón de motores rodaba, cuatro millones de ruedas de automóvil, giraban con un murmullo desgarrador y continuo, parecido al que hace un telar urdiendo seda. Esa batahola infernal, era interrumpida por las vibraciones retumbantes de las campanas de las ambulancias.

—Oh!, No puedo más, esto es demasiado! Es indispensable que consigamos una casa en Inglaterra, exclamó Leonor. Calma! Una sociedad civilizada! Sirvientes adiestrados! Tradiciones antiguas! Partamos! Partamos!

En las oficinas de "Missrs. Trottingham, Strosby and Beal, Estate Agents", St. Jone's Square, London, Eliot y Leonor, llegaron a convencer al fin a la secretaria, mujer de cierta edad y de aspecto severo que aunque eran americanos deseaban realmente tomar en arrendamiento una villa. La secretaria consintió entonces en mostrarles un album con casas con altos muros estilo Tudor, cubiertos de arriba abajo de yedra, tales rosales, tales prados asoleados en medio de poderosos cedros viejos como Robin Hood, que ellos se pusieron a chillar como niños en una bizcochería. Al fin, su entusiasmo, decidió a Mr. Claude Beal, gerente del establecimiento, a llevarlos en su coche a **Tiberius Hillen Sussex**.

Este dominio, se dignó él explicarles, pertenece a Sir Horace Mingo y a su señora, lady Mingo. Ustedes deben saber ciertamente que sir Horace fue en otro tiempo procurador general del Imperio.

—Ah! si, dijo Eliot.

—Perfectamente, contestó Leonor.

—Sir Horace, quiere arrendar su propiedad por la sola razón de que no se encuentra bien. Ya no es joven. Necesita un

Los hombres de estudio

de vida sedentaria

deben precaverse del

REUMATISMO

manteniendo corrientes

sus riñones.



clima más caliente y ha pensado en Italia, como es justo. Naturalmente, él y su mujer, están muy contrariados de abandonar un rincón tan encantador.

—Sí, lo creo, dijo Eliot.

—Naturalmente, contestó Leonor.

—Pero si ellos encuentran clientes que valgan la pena, tal vez consientan... Ustedes comprenden...

—Sí, comprendo, interrumpió Eliot.

—Eso, afirmó Leonor.

Franquearon la puerta cochera de Tiberius Hill, puerta que tenía cerca de tres siglos, y quedaron frente a la casilla del conserje. Rodeada de guirnaldas, de flores desconocidas, la base de una gran chimenea de piedra, evocaba la época de la reina Isabel. Detrás de las ventanas encuadradas de follaje, con cortinas amarillo azafrán, se alineaban gentilmente matas de geranios rojos. Después de una vuelta por las avenidas, la casa señorial, apareció súbitamente. Era Tudor auténtica. Las piedras, atestiguaban su venerable edad. De forma y dimensiones diferentes, las chimeneas eran numerosísimas. Las tejas rojas cubiertas de musgo. Las grandes ventanas del primer piso, daban sobre una terraza de estilo edad media. Pero lo que más los sorprendió, y les llegó derecho al corazón, fue un prado, donde,

sentados a la sombra de unos cedros, en confortables sillas de mimbre, media docena de personas tomaban el té, servido por un maitre d'hotel de patillas y por una muchacha fresca como una gota de agua de la fuente, con su delantal y su cofia blancos.

—Nosotros tomaremos *eso!*, cuchicheó Leonor maravillada.

—Lo tomaremos ciertamente!

—Únicamente aquí viviremos una verdadera vida!

—Sí, aquí. El té con sirvientes como estos, el polo y el golf con auténticos caballeros y no con cerveceros. Vecinos que se interesan por la literatura y las bellas artes. En fin, hemos encontrado lo que necesitábamos.

* * *

—Este país no es sino para los perros, dijo sir Horace Mingo con amargura.

—Es cierto, agregó lady Mingo. Después de la guerra, no hay ya criados diestros. Ni uno solo. Las gangas que piden, su increíble estupidez y su impertinencia. Dios mío! Yo te he contado lo que Bindger me contestó?...

—Sí, querida! In extenso. Estoy plenamente de acuerdo contigo. Mi ayuda de cámara quiere que le dé 22 chelines por semana, y habría quedado encantado de recibir 10 en la época en que yo era estudiante. Sin embargo, todavía no sabe darle a mis pantalones un golpe de plancha, sin que parezcan un saco o más bien dos sacos. En cuanto a tu querida Mindger, siempre que me trae el té por la mañana, está completamente frío y cuando se lo digo, pone una cara... pero...

Aprovechamos el momento en que sir Horace tomó aliento, para decir que esta conversación de los esposos Mingo sentados delante de la chimenea **James II** en Tiberius Hill, tuvo lugar tres meses antes de que Eliot y Leonor, se decidieran sobre la terraza de su rascacielos, a escaparse del país de la electricidad.

—Pero, exclamó sir Horace con esa voz tonante que hacía temblar a los pecadores en el tiempo en que era todavía procurador general del Imperio, lo cierto es que en toda Inglaterra, inclusive en Escocia, es absolutamente imposible encontrar un criado que no sea perezoso, ignorante, sucio, ladrón, etc... Sin hablar de que todos son impertinentes, a mi modo de ver. Además, esa indiscutible decadencia del servicio inglés, no es tan alarmante como el hecho de que en nuestra propia clase, las buenas maneras, la enseñanza sensata y la simple decencia, se desvanecen cada día más. Ah!, esos jóvenes de Oxford, que se entregan al Socialismo y a la Química,—La química para un caballero, qué horror!—, en vez de ocuparse respetable y res-

COLEGIO MAYOR de Nuestra Señora del Rosario

Fue fundado en el año de 1653, por el Ilmo, señor maestro fray Cristóbal de Torres, de la orden de predicadores, arzobispo de Santa Fe de Bogotá.

Se rige por las *Constituciones* de su fundador con las adiciones que se introdujeron, conforme a lo que él había dispuesto, previa autorización del Congreso Nacional y aprobación del Poder Ejecutivo.

El Colegio no es oficial, ni forma parte de la Universidad. El Presidente de la República ejerce el derecho de patronato, dentro de los límites señalados por las constituciones.

Tiene el Colegio cuatro categorías de alumnos: los *colegiales*, que obtienen su puesto por concurso, forman el núcleo de la comunidad y gozan de las preeminencias que les conceden los estatutos; los *convictores*, internos que pagan su pensión alimenticia; los *oficiales*, con beca gratuita, a cambio de servicios que prestan a la comunidad, y, finalmente, los *externos*, que sólo concurren a las clases.

En el Colegio existen tres facultades: la de filosofía y letras que concede grados de bachiller y de doctor; la de jurisprudencia y la de ciencias físicas y naturales.

Los diplomas del Rosario son válidos para todos los efectos universitarios, por convenios solemnes celebrados entre el Gobierno Nacional y la Consiliatura.

Por su esencia, el Colegio es católico, apostólico y romano, vivificado por la filosofía de Santo Tomás de Aquino, y es ajeno a la política militante.

petuosamente de los clásicos. Y las jóvenes que fuman y blasfeman!...

—Horace!

Sí, sí. El cine reemplaza a Shakespeare! Los autos, son el terror de nuestras famosas carreteras. Almacenes con vitrinas inundadas de luz; en esos almacenes, vendedores que nos llaman la atención por su aspecto de *lords*. Se ven ahora entre nosotros comerciantes que viven mejor y son más ricos que muchas de nuestras mejores familias. Nuestro país decae, se americaniza a ojos vistas. Y los *cocktails!*, los *cocktails!* A fe mía que si alguien hubiera osado ofrecerle uno a mi padre, habría tenido noticias suyas.

A decir verdad, continuó, Inglaterra ha tenido siempre muy mal clima, pero esto, se atenuaba, gracias a las buenas maneras de la aristocracia y al encanto de la vida doméstica. Ya que todo ha cambiado, no veo la razón de permanecer más tiempo aquí. ¿Por qué no partimos para Italia, por ejemplo? Aunque no es inglés, ese Mussolini ha sabido disciplinar su pueblo. Estoy listo a apostar que allá no encontraremos criados mal educados.

—Entonces por qué no irnos, Horace?

—Por qué?, porque tenemos encima esta maldita casa que nos arruina. Si yo fuese un rey del petróleo o algo parecido, un hombre que ganara dinero vendiendo productos falsificados, podríamos darnos el lujo de ir no importa a dónde. Pero no habiendo sido durante mi vida sino un humilde servidor de su majestad, y no sabiendo nada fuera del dominio de la justicia, no puedo.

—Pero podríamos alquilar la casa. Piensa en un encantador rincón de San Remo, o a orillas del lago Mayor, en un lugar soleado, rodeado de montañas. Y esos incomparables criados italianos que, únicos en el mundo, han sabido conservar el sentido de la dignidad y el gozo de servir bien a sus señores!

—Arrendar nuestra quinta? Pero a quién, cuándo y cómo? No olvides que nuestra clase está completamente empobrecida.

—Pero y esos endemoniados argentinos, esos americanos y esos armenios... Todas esas razas, no tienen sino millonarios. Estoy convencida, de que ellos sabrán apreciar nuestra quinta en su justo valor, con tantos prados. He oído decir que en América, casi no hay. Tú comprendes cómo les encantarán éstos...

—No me imagino cómo puedo yo confiar a un americano nuestros rosales.

—Pero Horace... una casita en Baveno, de 10 a 12 piezas, nada más...



REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO

*Publicación mensual
fundada en 1905
La más antigua del país*

Número suelto..... \$ 0.20
Número atrasado..... 0.40
Suscripción anual..... 2.00

**Colaboran los mejores
escritores colombianos**

Para todo lo relativo a la Revista, dirigirse al Administrador.

Colegio del Rosario
Apartado Nal. 72. - Bogotá, Col.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

—Es cierto, a pesar de todo, Victoria, yo me pregunto por qué gentes de bien como nosotros, y yo me enorgullezco de serlo, por qué, digo, tenemos que permanecer en este maldito país donde todo me choca, mientras podríamos calentarnos al sol de Italia? Y el Dr. Immens Bourne, dice que mi reumatismo se mejoraría allá. Vale la pena de hablar con una agencia de arrendamientos? No sé si todavía hay gentes honradas en este atroz país.

* * *

Instalados confortablemente sobre la terraza con enlizado rojo y amarillo, suficientemente sombreada por pequeños naranjos, sir Horace y lady Mingo admiraban más allá del lago Mayor la espléndida masa de Sasso del Ferro, a lo largo de la cual los caminos de la montaña dominan aldeas pedregosas.

Sin apurarse, un barquito atravesaba el lago. Cuando sus silbidos cesaron, no quedó ningún ruido en el ambiente, salvo el raro tintineo de los cencerros de las cabras y el furtivo crujir de un carro.

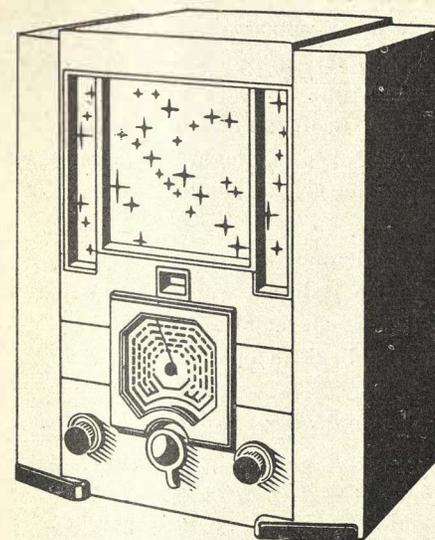
—Oh! qué calma. Esta deliciosa calma italiana, dijo con un suspiro de satisfacción lady Mingo, con las arrugas de su cara apercaminada menos acentuadas y sus pálidos ojos reanimados.

—Sí, respondió sir Horace, que no pontificaba más alto que en Tiberius Hill. La paz, la calma. Sin jazz, sin sirvientes ingleses tarareando canciones de **Music-Hall!**

Desde la cocina, llegó en ese momento el ruido de la vajilla y los maullidos de la cocinera canturreando discretamente un aire de Traviatta.

—Sí, los dulces criados italianos tan alegres y tan educados al mismo tiempo. Siempre con la sonrisa en los labios. Y este sol invariable. Por qué hemos permanecido tanto tiempo allá? Ay Horace, espero no ser castigada por haber dicho tales cosas... Naturalmente Inglaterra es siempre el país más grande del mundo, y cuando pienso en hombres como mi padre o como mi abuelo, me convido de que ningún otro clima podría producir caballeros iguales. Sin embargo, no creo que podamos dejar nunca a Italia. Esas encantadoras ruinas de Fiésolo! Y estos trenes que llegan sin un minuto de retardo desde que Mussolini manda!

—Tú sabes, al principio estaba muy contrariado a causa de Tiberius Hill. Pero, ahora veo que este Hoffman... Eliot... Hopkins... Eliot Hopkins (qué nombre tan raro!), digo que Hopkins es un buen muchacho. A pesar de su origen americano



RADIO PHILIPS 1937

Acérquese a conocerlo.

Adquiera el suyo.

GRANDES FACILIDADES

le ofrecen los

Agentes Distribuidores

Ter Wengel Hermanos

Bogotá - Carrera 7a. número 19-28

Teléfono 94-34 - Apartado 273

Agencias en todo el país



parece un caballero. Estoy francamente sorprendido. No usa sweater rojo, ni sombrero de cow-boy, ni smocking de terciopelo, ni otras cosas que a los americanos les gustan. Confieso que lo tomé por un gentleman inglés hasta que abrió la boca. Estoy contento de que esté en nuestra quinta. Basta de charla. Es tiempo de vestirnos, querida. El profesor Pulciano, llegará a las siete y media. Es gentil de su parte, habernos alquilado este... este paraíso.

Joven y más bien rico, Carlo Pulciano, no quiso permanecer después de la guerra en el ejército italiano, aunque uno de sus hermanos ocupaba un puesto de consideración en el alto comando y su cuñada insistía en que él brillara en los salones de Roma.

Antes, había escandalizado al mundo por haber estudiado economía política en la universidad de Pisa, ciudad donde pasaba días enteros inclinado sobre gruesos libracos llenos de figuras y de cifras horriblemente aburridoras. Y cuando después de su marcha sobre Roma, las camisas negras tomaron el poder e impusieron su política, Pulciano ofendió una vez más a su familia, comprando una quinta en Pallanza, a orillas del lago Mayor, donde se entregó en cuerpo y alma a sus libros y a sus abejas.

Pero la permanencia en ese paraíso, le pareció a la larga, más agitada y un poco más complicada de lo que creyó al principio. Veamos por qué:

Si por la mañana,—todas las mañanas—, se creía un fascista convencido, admirador de la disciplina fascista y partidario de la industria estatizada, por la tarde, —todas las tardes—, quería ser comunista o al menos social-demócrata. Pero cualquier cosa que fuera, era hombre perdido no teniendo a quién hablarle. Además para Carlo Pulciano, hablar era vivir. Hablar hasta tarde de la noche, conversar, quemando enormes cantidades de cigarrillos y consumiendo infinidad de Lacryme-Christí. Hablar por los caminos polvorientos, hiciera buen o mal tiempo; hablar en las comidas elegantes con cierto ardor, que no se sabía si lo que servían eran chuletas o zabajone; hablar siempre; hablar en todas partes!

En principio, él quisiera vivir en Alemania, donde en su juventud había estudiado Economía Política. Alemania! Ah! el país donde se puede hablar indefinidamente!, el país donde a pesar de la vigilancia de la policía se puede expresar todo lo que se piensa y sobre todo, lo que no se piensa, el placer de hacer trabajar la lengua.

BIOMALTA

Higiénica, deliciosa, alimenticia y reconstituyente.

Es la cerveza preferida para restaurar y conservar la salud.

CERVECERIA GERMANIA - BOGOTA

Pulciano, se echaba en cara, el haber metido gran parte de su fortuna en la quinta y no podía por eso partir para Alemania a instalarse allí provisionalmente o tal vez para siempre. En otro tiempo, él amaba a Italia por haber vertido su sangre en honor suyo; amaba igualmente su quinta y la calma exquisita de las aguas del lago, en las cuales se miraba con coquetería. Llegó un día en que las odió a ambas.

Ahora, odiaba los criados italianos, tan prontos para prometer todo y tan lentos para hacer la menor cosa, tan sonrientes en apariencia y tan vengativos de corazón. Odiaba el clima italiano. "Tenemos los inviernos más fríos y más húmedos del mundo cristiano, aun cuando hay imbéciles que pretenden que nuestro país es tan caliente que no necesitamos chimeneas"! Odiaba la cocina nacional. "Cedería gustoso todas las pastas y frutas del mundo por un Mass de cerveza y un par de salchichas de Munich". Odiaba los cortejos fúnebres por demasiado pomposos, los policías con plumas de gallo en el casco, los relicarios de yeso, los fósforos que quemaban los dedos...

No hacía nada por disminuir su odio. Por eso quedó encantado cuando el director del "Grand Hotel" de Isola-bella le preguntó si estaba dispuesto a arrendar su villa a un caballero inglés llamado sir Horace Mingo, por un año.

Una semana después Carlo Pulciano, lleno de maletas, to-

mó el tren para Berlín, ciudad encantadora, reino de pensamientos libres, de discusiones interminables y de cerveza barata.

* * *

La idea de la mayor parte de los caricaturistas americanos, e ingleses y de sus colegas franceses, es que todo alemán es obligatoriamente gordo, con cuello de toro y capaz de ingerir grandes cantidades de cerveza, mientras que las alemanas son todavía más gordas, usan sombreros baratos y vestidos de telas de un gusto lamentable.

El barón Helmuth von Mittembach, junker, silesiano e ingeniero mecánico amante de su oficio, tenía una abundante cabellera roja y ojos azules llenos de energía. Alto, se parecía más a un inglés que el actual duque de Windsor. La baronesa Hilda, su mujer, era delgada como la hoja de una espada y de aspecto agradable. Le gustaba bailar hasta las cuatro de la mañana en los cabarets de Kunfursterdamm. A ninguno de los dos le complacía la bebida.

Durante la guerra que había terminado cuando entraba en los treinta años, hubiera querido hacer parte de la escuadrilla aérea de von Richthofen, as célebre y amigo de su infancia. Soñaba con participar en los ataques aéreos, pero como era un inventor de primer orden, el cuartel general alemán lo encargó de llevar a la perfección el tanque de su invención. Y cuando una mañana, se deslizó furtivamente de su zona de trabajo para ensayar su tanque, fue cogido en flagrante delito y llevado a trabajar en un taller ahumado y lleno de limaduras de acero.

Estaba más a su gusto después de la guerra. Terminadas las hostilidades, quiso tomar su revancha, participando en el trabajo que le apasionaba, cuando los ingenieros habían dejado de ser simples asistentes como los fotógrafos o los príncipes reales por ejemplo.

Creía sinceramente que la lucha por la reconstrucción de Alemania, debía ser una especie de cruzada santa y obligatoria. Estaba convencido por otra parte de que la salvación de su país, el cual iba a recuperar su gloria de antaño, residía únicamente en el desarrollo técnico y en el progreso industrial. Como los alemanes no tienen la mano de obra, ni las materias primas de América y de Rusia; ni el ejército francés, ni la flota de la Gran Bretaña, tienen que trabajar duro para producir más pronto, con más economía y mejor que cualquier otro país.

No sería acertado, creer que Helmuth y su joven colaboradora, pensaran exclusivamente en el provecho material que ellos o sus patronos podrían sacar de la maquinaria oprimiendo



LA MEJOR JOYERIA DE BOGOTA

al obrero. No!, ellos soñaban más bien en la extensión de la fuerza y de la dignidad humanas. De un lado, un hombre ordinario con su puño inhábil y del otro, una palanca o una varilla eléctrica, dominado el poder de un millón de elefantes! El hombre que antes caminaba pesadamente, nadaba como un perrito y no sabía volar, el hombre que fue al principio de los tiempos la criatura más débil y vulnerable, maneja hoy el automóvil, el submarino, el avión, el linotipo, y habiendo al parecer roto con sus parientes los mamíferos, comienza a parecerse más y más a un ángel. Continuar, continuar siempre por el mismo camino! Tal era la nueva ley del barón von Mittembach, unida ahora al título de ingeniero jefe de la famosa A. A. G. (Allgemeine Automovile Gessellschaft).

En sus horas inútiles, hacía con amor proyectos de coches que se podían vender una vez establecido el cambio internacional al precio de U. S. \$ 150 más o menos. Por la noche, soñaba con otros inventos medio fantásticos, medio realizables. Barcos de lujo inusitado que atravesarían el Atlántico en tres días.

Campos de aviación flotantes, vigilando el océano para que un avión caído en el mar pudiera ser pescado casi inmediatamente. Nuevas clases de paracaídas, susceptibles de hacer aterrizar un avión en el caso de que el motor se fatigara o un ala se rompiera.

En resumen, loco y como todo poeta siempre exaltado también. Pero felizmente su exaltación, como su alegría, eran justificadas, porque a pesar de los cambios sociales y políticos de su país, los alemanes, se entregaban a la deificación de la industria moderna como los escolares se sumergen en las aguas de un lago en primavera. Trabajaban 10, 12, 14 horas por día, sin fatigarse, con la absoluta convicción de que su sudor cimentaba la grande Alemania, que iba a renacer de las cenizas.

Helmuth, tenía la suerte de vivir en una apacible y encantadora casa, no lejos de la fábrica, lo cual no le impedía ir a su trabajo a una velocidad loca que asustaba a los agentes de policía. El establecimiento, se encontraba situado en el distrito de Spandau, entre numerosas y elegantes quintas diseminadas en las famosas avenidas de Gunewald. Era en los alrededores de ese barrio elegante de Berlín, donde Hilda y Helmuth habían tomado una casa de ladrillo y estuco con una curiosa águila en mosaico, que desplegaba sus alas brillantes sobre un balcón de losas multicolores.

El piso superior, una especie de buhardilla, había servido en otro tiempo de casino privado. Hastiado de esos testigos de la pereza humana, Helmuth, hizo quitar las mesas de juego, las ruletas, los billares, bajar todos esos horrores al sótano y puso en su lugar una mesa, un banco, tres o cuatro asientos rústicos, un tablero y una estufa eléctrica. Por la tarde, mientras Hilda estudiaba el ruso o bostezaba sobre un crucigrama, este nieto de uno de los más ilustres feld-mariscales germánicos, vestido con un horrible "over all", trazaba planos de "monorails", cuyo objeto, era efectuar en seis horas máximo, el trayecto entre Berlín y París.

Este fue un período espléndido. La crisis que se generalizaba más y más, no molestaba a Helmuth, convencido como estaba de que el universo se salvaría únicamente con la gasolina.

Pero, al cabo de dos o tres años, la realidad, le arrancó sus ilusiones, y comprendió que el renacimiento de Alemania no era cuestión de una simple cruzada. Lo peor, era que los políticos, no querían por nada del mundo, renunciar a sus encantadoras disputas. Esto sucedía antes del advenimiento del hitlerismo.

Existían entonces en Alemania, no dos o tres partidos como en Inglaterra, sino ocho, diez, doce y hasta más, y cada uno creía disponer del mejor remedio, del único capaz de sacar al

ANTIGÜEDADES



(SECCION DE "EL MENSAJERO")

Teléfono No. 153 - Apartado No. 266

Tercera Calle Real, Nos. 13-55 a 13-63

B O G O T A

OBJETOS DE ARTE
MUEBLES ANTIGUOS
ORFEBRERIA INDIGENA
LIBROS AGOTADOS
OBJETOS DE PLATA
MINIATURAS - OLEOS
COBRES - PORCELANAS

VISITE USTED ESTA SECCION

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

país del pantano. Algunos, insistían en la vuelta inmediata del kaiser, o en la instalación también inmediata del régimen comunista; otros, exigían el sistema socialista o plenos poderes para los industriales; otros, se pronunciaban categóricamente por la "Anschluss" con Austria o por la independencia absoluta de Baviera.

Sentado en su taller, reino del acero, Helmuth experimentaba el más grande desprecio por toda clase de políticos, gentes ambiguas de todo pelaje. Los odiaba, porque rumiaban sin cesar las mismas ideas, no teniendo en cuenta, sino su propia notoriedad. Personalmente, reconocía el régimen democrático o el monárquico, o el soviético o cualquier otro, con tal de que no le impidiera producir el máximum de tractores o de coches ligeros; lo demás, no le preocupaba.

A partir de cierto momento, le cogió odio a su "Vaterland", país por cuya prosperidad, quería antes sacrificarlo todo con amor y desinterés. Entonces se puso a observar a América con mirada cada vez más maravillada. Allá, creía él, todos estaban estrechamente unidos en el deseo de resolver el problema económico, no por la asimilación estúpida de los capitalistas al proletariado hambriento, sino por la transformación de todós los proletarios en capitalistas, aptos para los negocios. Mientras más leía las revistas americanas que lo iniciaban en la vitalidad desbordante y en la habilidad del pueblo de los Estados Unidos, más se quejaba y se indignaba de lo que sucedía en Alemania. Y su Hilde—que la mayor parte de las veces permanecía ignorante de lo que fogosamente le exponía su marido—, no tardó en compartir sus nuevas simpatías.

En América, parecía que no se necesitaban sirvientas. Todo se hacía por medio de máquinas. Y ella reconocía que las niñas alemanas se habían vuelto insoportables después de la guerra. Verdaderas comunistas y —hasta peor!—, que se burlaban de las clases altas—como la suya—, y cuyas exigencias, eran sostenidas por el gobierno. Y qué decir de los seguros obligatorios y de la ley, según la cual no se tenía el derecho de poner en la puerta, sin aviso previo a la sirvienta más impertinente? Hilda se puso a soñar con máquinas que lavaban la ropa y la vajilla. Naturalmente, ellos podrían hacer esta instalación por su cuenta, pero la crisis había dejado huellas tan hondas en sus negocios, que los Mittembach no tenían recursos para poner electricidad a su cocina.

América! Ese paraíso terrestre!

Justamente en la época en que Helmuth y Hilde, pensaban

EL COMBUSTIBLE

factor importante de la vida moderna, influye no sólo en las actividades industriales, sino en la soberanía política de los pueblos.

LA SOCOPE

aspira a que los colombianos ejerzan un control legítimo sobre el petróleo que consume el país.

Hágase accionista

SOCIEDAD COLOMBIANA DE PETROLEOS, S. A.

Edificio Cubillos N°. 603. Teléfono. 5968. Apartado 2311.

Telégrafo SOCOPE.



El purgante ideal que los niños, jóvenes y adultos toman con agrado

en eso, el barón tuvo la suerte de encontrar a Mc. Person Jones, delegado general de la "Engel and Jones Kigh Speed Tractor Company of Long-Island", llegado a Europa en busca de clientes para sus mercancías, Helmuth hablaba el inglés suficiente para hacerse entender. Llevó a Esseneu el Ruhr, y allí, durante un día hablaron de negocios. El resultado, fue que Jones le ofreció un puesto en la administración de la casa "Engel and Jones" y al cabo de tres semanas el matrimonio Mittenbach se encontraba en un trasatlántico en alta mar. Fue entonces cuando la pobre Hilde comprendió el sentido del término "alta mar".

Antes de partir, arrendaron su casa a un italiano, que acababa de llegar a Alemania con el objeto de estudiar en la Universidad de Berlín. Helmuth, no dejó su ciudad natal, sin volver a ver su antigua morada que había sufrido "algunas" transformaciones. Parado en la puerta de la buhardilla, no pudo contener un suspiro. Con mano bárbara, Pulciano había quitado la mesa, el banco, las sillas para transformar la pieza en una

especie de cervecería bávara arreglada con pesadas mesas de cedro, un gran barril de cerveza y muchas inscripciones en las paredes que invitaban al género humano a beber, a amar y a cantar.

—Yo decía, querido amigo, exclamó Pulciano, que aquí encontraría la incomparable atmósfera de mis tiempos de estudiante. Ah!, si usted supiera cómo fui de feliz en Alemania. Ud. debe pensar sin duda que la verdadera razón de nuestra permanencia en este mundo, no reside en la acción, sino en la especulación, en la posibilidad o más bien en el arte de expresar nuestros pensamientos. Entre ustedes está el reino de la palabra libre y solamente aquí saben sazonar... el repollo.

—Ya!, contestó Helmuth y se dijo al mismo tiempo. “Es justamente la vieja Alemania, la Alemania con cuello de toro y olorosa a cerveza y a repollo la que deseamos aniquilar! Yo personalmente, querría ver en su lugar un pueblo fuerte, claro y sano, que no le temiera al ruido de las hélices!

Como Hilda sufría continuamente de mareo, Helmuth iba a entretenerse al fumadero del barco. Al cabo de tres días conoció a media docena de americanos: un banquero, el director de una fábrica de acero, dos comerciantes en automóviles y un doctor que había estudiado Patología en Viena. Esperaba un reproche por ir a América únicamente a ganar dinero, mucho dinero. Y esperaba además que sus nuevos amigos se burlaran de su inglés. Nada de esto sucedió. Los americanos le hicieron el mejor recibimiento.

—Vaya allí. Si puede aprender alguna cosa nueva entre nosotros, tanto mejor. Eso hará nuestras relaciones más interesantes, le dijo uno amistosamente. En cuanto al inglés, no se inquiete. Le entenderán siempre. A propósito, yo quería preguntarle, barón, si usted quiere ir con nosotros a Detroit para asistir al match Michigan-Notre Dame? Tendré la ocasión de presentarle a mi mujer. Ella habla alemán.

—Son las gentes más encantadoras y más educadas que yo he visto, confesó Helmuth a su mujer. Sin embargo, tengo que advertirte que Mr. Tolson, se equivoca insistiendo como lo hace siempre sobre las ventajas de la tracción. En lo que concierne a los buques de motor eléctrico empleados en Noruega...

Había aceptado muchas invitaciones a Bay-Harbor, Seattle, Moose-Jam, etc., antes de haber visto los famosos rascacielos de New York.

—Todos son amigos míos. Jamás había tenido tantos ami-

gos como ahora!, exclamó con los ojos turbados delante del panorama de la ciudad.

Con la certidumbre de que aquello le pertenecía, mostraba la masa de los inmuebles neoyorquinos, delineándose entre la niebla. Y agregó volviéndose a Hilda que estaba detrás de él:

—Es muy bonito. Naturalmente esos rascacielos no son tan vistosos como las catedrales europeas. Yo querría saber, cuál es la presión producida sobre un metro cuadrado por el viento silbando a 60 kilómetros por segundo, a la altura del 40º piso? Desearía también saber si la soldadura eléctrica es aquí mejor que en Alemania. Me pregunto al mismo tiempo, si el mármol lo traen de Italia o de Vermont. Verdaderamente es un espectáculo sorprendente. Pero ¿cuál es la fuerza de resistencia del acero en esos edificios?

Siendo un auténtico americano el Dr. Moore, cirujano de Omaha, no sabía contestar a las preguntas que le venían como una tromba.

Ocho días después de su llegada a Nueva York, el barón y la baronesa Von Mittembach, tomaron un apartamento en el número 9999 de Park Avenue, que pertenecía a cierto señor Hopkins, quien vivía en ese tiempo con su mujer en la costa azul de Francia. Los recién venidos tomaron posesión de él en una espléndida tarde de otoño. Apenas instalada, Hilda, en éxtasis, atravesó el vasto salón que daba a la terraza.

—Te digo Helmuth, que no he visto nunca un salón tan magnífico. Los muros y las ojivas!, las ventanas como de catedral! Mira el órgano! Naturalmente este salón, no es tan grande como el hall del Schloss de mi padre, pero es infinitamente más bello. Aunque yo detesto esta clase de tapicería, me parece que a esta pieza le da un aire particular de nobleza.

Empujando a Helmuth, no menos encantado que ella en ese momento, exploró las maravillas de la cocina y la despensa; una máquina eléctrica para lavar la vajilla, una cafetera eléctrica. Pero, el entusiasmo, llegó a su colmo, cuando vieron la refrigeradora automática, aparato envidiable, que no poseían sus más ricos amigos de Berlín. Con mil precauciones, la abrieron y se fijaron con admiración en los cubos de hielo.

—Son más bellos que diamantes, exclamó Helmuth.

—Seguramente!, respondió Hilda.

Todo en la cocina estaba pintado de blanco y amarillo canario. La pieza parecía más íntima y alegre que un tocador.

—No comprendo, dijo Helmuth, el viejo sistema de insistir en la belleza del salón y la alcoba, haciendo caso omiso de

la cocina, corazón de la casa. Seguramente soy un espíritu moderno y al mismo tiempo antiguo, pues tengo la misma idea que en la edad media, cuando las gentes no tenían vergüenza de comer, y la cocina se consideraba no menos importante que el salón, el comedor, etc.

—Oye querido, interrumpió Hilda, sería feliz de no tener criados y de hacer todo lo de la casa yo misma. Comenzaré mañana... Esta noche, vamos a comer al *spikizy*—es correcto?—, que el doctor nos ponderó tanto en el barco. Quieres?

Cuando encontraron en la carta de vinos de "Chez Edouard", un *Oppenheimer Kreitz Spattese*, se preguntaron si valía la pena volver a Europa, puesto que en América se encontraba todo. Lo único desagradable, era el criado, que parecía lento. Es cierto, que lo tenía ocupado un grupo de seis personas sentadas en la mesa del lado. Uno de esos señores, se acercó a ellos y con agradable sonrisa les dijo:

—Estamos desolados por haber acaparado al criado. Como esto les impide comer—y les pido perdón por la libertad—, me permito invitarlos a tomar una copa en nuestra mesa.

—Es muy amable de su parte, contestó Helmuth.

Siendo un hombre tímido, quedó encantado de la manera impetuosa con que esos extraños lo habían invitado. Cuando ellos supieron a qué iba Helmuth, cada uno sacó su tarjeta e insistieron todos con calor en que su nuevo conocido fuera a South Bend o a Toledo o a Detroit "... y esperamos que la señora lo acompañe".

Helmuth volvió con Hilda a su mesa.

—Son tan gentiles respecto a un extraño que no es sino un ingeniero desconocido!, dijo con la mirada llena de reconocimiento. No es raro que los americanos no vayan al extranjero por más de un mes. Se está tan bien aquí!

Desde la terraza del departamento, admiraron el panorama del East River y de las luces de Broadway.

Desde la altura de treinta pisos sus ojos parecían abrazar el mundo entero.

—Parece estar en un castillo recostado sobre una roca abrupta, y sin embargo, nos encontramos en el centro de un Berlín, un París y un Londres reunidos, dijo Helmuth. Este es el espectáculo más grande del mundo, no es cierto Hilda? Por qué hablarán los americanos de la Acrópolis, del Coliseo, de las orillas del Rhin, cuando poseen esta ciudad mágica?

Los barcos corrían por el North River; los elevados, cintas de luz dorada, cantaban suspendidos de sus poderosos ca-

bles; los pitos de un millón de automóviles, atestiguaban la magnificencia de las calles sobre las cuales rodaban sin obstáculos. Helmuth, dijo:

—Todo esto, es nuestro ahora. Hemos encontrado al fin nuestro *sweet-home*. Vamos a conocer toda esa ciudad y todas esas gentes, que se agitan abajo. Yo creo que aquí pasaremos el resto de nuestra vida.

Hilda respondió después de un momento de vacilación:

—Sí, creo que tienes razón.

